

## **EL CARLISMO EN EL IDEARIO ESPAÑOL Y SU LITERATURA.**

### ***DOÑA BLANCA: UNA REINA SIN CORONA BAJO EL CARLISMO, DE MIGUEL ROMERO***

**MARÍA LARA MARTÍNEZ**

(Historiadora y escritora)

Es tendente el género humano a recordar los momentos felices. Con esta remembranza, la persona revive de nuevo las horas de dicha. Y, por otra parte, ante los episodios trágicos, la amnesia nos muestra su cara más amable y corre en nuestro auxilio, aunque con ello cierre en falso las heridas con el peligro de que, cuando se reabran, las úlceras sean más profundas. En la Historia ocurre a menudo lo mismo. Se habla de los vencedores en páginas sin fin, mientras un largo silencio atrapa en una nebulosa a aquellos que no vieron sus empresas laureadas.

Dar tiempo al Tiempo creo que es una sabia lección y, por más que el tiempo no lo cure todo, la distancia de los años nos permite analizar, sin filias ni fobias, los acontecimientos reflejados en el espejo de Clío. Así nos dicen que sucedió y así nosotros lo presentamos, tras indagar en los archivos y bibliotecas, entrevistar a los custodios de la memoria de los ausentes y examinar las obras de arte donde quedaron inmortalizados.

Al divisar el valle desde la cumbre, podremos no conocer a los habitantes de la aldea, mas coincidiremos en expresar que son afortunados por gozar de días de calma abrazados por la naturaleza. Lo mismo podremos predicar de los protagonistas de los hechos históricos, no convivimos ni con ellos ni con su época, pero igualmente fueron dichosos por dotar de arrojo a sus acciones y perseguir unos ideales.

En la obra de Miguel Romero, historiador, escritor, académico correspondiente de la Historia y dinamizador de la cultura conquense, a quien cuento entre mis más entrañables amigos, confluyen estos silogismos con los

que he iniciado mi intervención: recuerdo de los humillados, tiempo ganado al Tiempo y retrato del heroísmo, más allá de las consecuciones de los personajes.

Es como si Miguel, al descubrir a los protagonistas, sumergiéndose en la investigación profunda, lograra retroceder hasta su siglo. Mediante un documentado trabajo, el lector, al abrir el libro, conoce pormenorizadamente la ideología en que se sustentó el carlismo, sus bases sociales y su alcance, en el marco de las dinámicas de la política española decimonónica. Y, a su vez, al adentrarse en la obra, el lector se deleita con la caracterización de los sujetos. Podemos decir que, antes de examinar las imágenes que ilustran el volumen, ya dibujamos en nuestra mente la fisonomía de los dos pretendientes al trono y de sus esposas. Una vez iniciada la obra, sólo hemos de positivizar el negativo que en nuestro laboratorio mental hemos configurado de sus siluetas.

Y es que Miguel trata a los personajes con respeto, con precisión los sitúa en las coordenadas espaciales y, consciente de que el ser se proyecta en las obras, nos describe las actitudes ante la vida: elogia la defensa de los valores familiares de los dos hermanos carlistas, muestra encono ante el desalmado trato de don Carlos hacia su bondadosa esposa y ensalza el amor de los actores del teatro de la guerra.

Así, el retrato moral de los personajes, condensado en sintéticas expresiones, cobra carta de naturaleza ante los ojos del lector, que comprueba el acierto de las palabras escogidas para describirlos: don Carlos, "un cisne en medio de tanto ganso"; Alfonso Carlos, "el humilde artesano de la guerra", doña Margarita, "el ángel de la Caridad", y doña Blanca, "tenaz en su comprometido concepto de una sociedad más justa y mujer leal hasta su muerte... una reina sin corona".

Pasemos al contexto. El carlismo, en tanto que movimiento sociopolítico de carácter antiliberal y contrarrevolucionario surgido a finales del Antiguo Régimen y sostenido por los pilares "Dios, Patria y Rey", es un elemento indispensable para entender el siglo XIX español. Tres guerras civiles, tres tragedias como todo conflicto, tres luchas fratricidas por enfrentar a

compatriotas, cubrieron de sangre el suelo hispano, mientras el trono era disputado entre los partidarios del liberalismo y los defensores de la tradición.

*Doña Blanca* está centrada en la tercera guerra carlista (1872-1876) y se organiza en dos capítulos divididos en cinco epígrafes. Las vicisitudes dinásticas de dos parejas protagonizan ambos: don Carlos VII y doña Margarita de Borbón y Parma, el primero, don Alfonso Carlos I y doña M<sup>a</sup> de las Nieves de Braganza, aclamada como doña Blanca por las tropas, el segundo. Los lemas que introducen y cierran cada sección, invitan a la reflexión con proverbios de Miguel que anuncian la universalidad de la esencia.

*"El hombre no se acuerda del pasado, siempre lo reconstruye. El hombre no conserva su pasado de la misma forma en que los hielos del norte conservan congelados los mamuts milenarios. Arranca del presente y a través de él, siempre conoce e interpreta el pasado"*- aseveraba Lucien Febvre.

Pues bien, el autor sondea en los archivos y analiza exhaustivamente las memorias de dos portavoces privilegiados de aquel tiempo: don Carlos y doña Blanca. Entrelaza los mimbres de la época con las vivencias de los personajes, teje una urdimbre en la que recrea los fondos del tapiz y, sobre ellos, dibuja a las personas. De este modo, nos transmite con veracidad lo que hubieron de ser, sus dolores y sus esperanzas, hilvanados en esa estela del exilio, ora en Londres, ora en Venecia, ora en Viena, en ese desgarró personal que ocasiona el destierro.

Pensemos que no por llamativo resultó imposible el hecho de que compartieran incierto destino los adalides de la libertad y los partidarios de las vetustas costumbres, hermanados por el cruce de la frontera. No en vano, todos los reyes carlistas, salvo en los momentos de la guerra civil, vivieron siempre fuera de su añorada patria y hay que reconocer que debe de ser difícil instalarse en el fracaso y mirar el mundo desde abajo cuando se ansía sentarse en el trono. Difícil pero también heroico a los ojos de sus correligionarios.

Pero volviendo al punto con que iniciábamos estas palabras, cabría esperar que el exilio, al establecer distancia y separación espacial, propiciara la comprensión de la realidad histórica y cultural con una dosis ulterior de crítica y de verismo. En esta clave leemos las *Cartas filosóficas* o *Cartas inglesas* de

Voltaire. Distinto signo, por no ser prolongación del destierro, tuvieron las *Cartas persas* de Montesquieu, o las *Cartas mrruecas* de Cadalso, aunque el viaje y la alteridad las alimenten y de sus debates formen parte la religión, la moral y la política, acaso esferas donde se desenvuelve el lema "Dios, Patria y Rey".

Pero el carlista, por más que haya nacido fuera de nuestras fronteras y la nacionalidad se le niegue, es español y así se siente. Sus manifiestos no son diagnósticos objetivos de lo que acaece, sino reivindicaciones de lo que la legitimidad le depararía si los astros se mostraran propicios.

En el seno del individuo, también del que cubre su cabeza con la boina roja, el ardor romántico hace arraigar conceptos imbricados en épocas pasadas y las proclamas adquieren un furor casi ignoto. "*Señor Abad, soy carlista por estética. El carlismo tiene para mí la belleza de las grandes catedrales. Me contentaría con que lo declarasen monumento nacional*"- diría el carlista valleinclanesco Marqués de Bradomín, unas veces cortesano a la vera del monarca, otras montaraz, organizando levas entre los partidarios gallegos, mas de igual modo protagonista de las *Sonatas* y de la trilogía *Los cruzados de la causa, El resplandor de la hoguera y Gerifaltes de antaño*.

La Historia ha sido el relato de las hazañas de los grandes hombres, de los poderosos, desde la Antigüedad hasta no hace muchas décadas. Al inicio de estas líneas hacía alusión a ello. Pero hoy, por fortuna, también los vencidos tienen su lugar en los anales y, con su libro, Miguel Romero rescata para el presente a los individuos y sus entornos con independencia del extremo hacia el que se inclinara la balanza. Leyendo la obra, los distintos géneros de la escritura historiográfica dan un paso al frente. *Doña Blanca: una reina sin corona bajo el carlismo* es, ante todo, una biografía pero, lejos de conformarse el autor con analizar las peripecias y las emociones de doña María de las Nieves, nos conduce a su universo y, de este modo, la Historia política de la España decimonónica nos es presentada con lenguaje riguroso y tono ameno.

A la par, comenzamos a desgranar la tercera guerra carlista, "*sangre, sudor y lágrimas*" en palabras del autor. La Historia militar- con el planteamiento de estrategias, la disposición de efectivos y hasta el diseño de

los uniformes- nos ofrece otra perspectiva de la realidad poliédrica. ¿Será esto último reflejo conductual de la afición que, desde niño, tuviera D. Alfonso Carlos a ponerse levitas y gorras de su tío, el Duque de Módena, sin que su madre lo viera? En efecto, el anhelo habría de verse encauzado hacia la disciplina por su experiencia vaticana, de la que hablaremos más adelante.

Con prisa nos adentramos en el escenario de la batalla y, de nuevo, la sorpresa. Entre arengas, manifiestos, batallones y regimientos, la tierra nos interpela al descubrir páginas desconocidas de nuestra microhistoria, de nuestra historia local, nunca en suficientes ocasiones recordada.

Primero las tres culturas, después las dos Españas, luego la España una. ¿Por qué siempre la Historia de nuestro país está reñida con los números? Quizás hoy, en un mundo intercultural y globalizado, logremos acabar con esas categorizaciones que aluden a segregación o a uniones forzadas. Porque al cautivo no habrá que redimirlo si antes no se le ha impuesto la condena.

Y así, tras empaparnos en el marco conceptual del carlismo, el autor nos lleva a la pobre fonda de Laybach, en las proximidades de Viena, en vísperas de la unificación italiana, donde nació el que habría de ser Carlos VII, duque de Madrid y cuñado de doña Blanca. Allí captamos el ímpetu con el que el neonato llegó a la vida y casi lo escuchamos llorar acunado por la condesa de Salis, su madrina.

Era hijo de rey, sobrino de rey y nieto de rey, sin duda un predestinado para la causa, pero la guerra ideológica de la centuria estalló en su propia familia. Su padre, lingüista y apasionado del deporte, poseía un pensamiento cada vez más liberal, y su madre, doña Beatriz de Austria-Este, archiduquesa de Austria, era profundamente católica y contrarrevolucionaria. Las desavenencias tornaron en discusiones y, finalmente, en separación. Bajo el cuidado de su madre y de su tío político, el Duque de Módena, permanecería con su hermano Alfonso Carlos, mientras su progenitor marchaba a Londres.

De Pío IX recibió la primera comunión y el Resurgimiento abriría un nuevo exilio para la familia, al incorporarse Módena, como Parma y Toscana, al Piamonte. Su tío, Francisco V, perdió la soberanía de Módena y todos tuvieron que partir hacia Centroeuropa, donde otro proceso de unificación, el alemán,

los sorprendió. En Praga, su madre, doña Beatriz, procuraría mantenerlo alejado del carlismo, no así su abuelastra, la princesa de Beira (segunda esposa de Carlos María Isidro), baluarte del ideario carlista, para quien Carlos era la esperanza de la legitimidad dinástica.

Con sumo detalle Miguel Romero nos ambienta los lugares por los que transitan los personajes y sus emociones. Y es en Venecia, entre canales y góndolas, donde conoce don Carlos el amor, al encontrarse con su prima Margarita. Siguiéron las cartas, las vistas de balcón a balcón, desde el palacio de Loredan al de Cavalli, y la boda en 1867.

Ese mismo año se preparaba la Gloriosa y, en Viena, los emisarios de Prim reclamaron su adhesión a las tropas sublevadas. El sueño anhelado parecía acariciar la realidad, pero de nuevo se adelanta el signo del carlismo: el fracaso. El pretendiente se negó a aceptar el sufragio universal como asunción constitucional y, con ello, su barco se hundió otra vez. Debió de sentir el orgullo herido cuando la casa de Saboya, representada por Amadeo I, ceñía sus sienes con la corona española.

La vida cotidiana en los exilios- ese nostálgico ir y venir entre cortes que vivían de la añoranza del poder perdido y ansiaban encumbrar como primer caballero a su heredero- nos es evocada en el libro de manera brillante. La obra es crónica minuciosa de la guerra y, como reza el título, del final dinástico de "los otros Borbones". Y, a la par, es narración del destierro de Carlos VII, un estado de orfandad compartido en los años del Sexenio Democrático con Isabel, "la de los tristes destinos", rival de su abuelo, de su tío y suya, aquélla para quien los cristinos conquistaron el trono, igual que la primera de dicho nombre tuvo que abrirse paso en Castilla venciendo a su sobrina "la Beltraneja".

De hecho, en uno de los encuentros entre las dos ramas, Isabel II y Carlos VII hablaron. La reina que del poder fuera expulsada exigió a Carlos y a su hermano el reconocimiento de sus derechos, a cambio de lo cual recobrarían la condición de infantes, así serían nombrados capitanes generales. El carlista pidió a Isabel que le entregara a su hijo, el futuro Alfonso XII, para educarlo en los principios tradicionalistas hasta que alcanzara la mayoría de edad. Ninguna

de las dos partes aceptó el trato, ni tampoco se materializó el delirio de casar a una de las hijas de don Carlos, doña Blanca de Borbón, con el hijo de Isabel II.

Desde París, el sagaz Carlos VII, "*el mejor rey que tuvo el carlismo*", a juicio de Miguel, formó un consejo, integrado por nobles, diputados y escritores, para la dirección de los asuntos relativos al partido y al desarrollo del conflicto. En palabras de Valle-Inclán, a través del marqués de Bradomín en *Los cruzados de la causa*, ciframos la movilización que la bandera carlista desencadenaba: "*esa justicia que deseamos los que nacimos nobles, y también los villanos que aún no pasaron de villanos, la hará por todo el reino Carlos VII*". Noventa periódicos se declararían carlistas, siendo presentado el pretendiente como "*El hombre que se necesita*".

Pero el 21 de abril de 1872 el grito de guerra llamó a la movilización en España. Era también el día en que se abrían las cortes del reinado de Amadeo. Poco después, el 2 de mayo don Carlos entraba en España por Vera de Bidasoa. Años después, en sus *Memorias* el "elegido" se sinceraría y, con lenguaje sencillo y directo, nos describiría el mundo tal cual lo contemplaban sus ojos.

Había estallado la tercera y más sangrienta de las luchas carlistas y, mientras el bajo pueblo se alineaba con los partidarios de don Carlos, anhelando mejorar su crítico estado, la alta aristocracia apoyaba a los liberales como respuesta a las concesiones agrarias aplicadas. De este modo, el problema dinástico, suscitado en 1833 en la figura de Carlos María Isidro, se vería arropado, en el transcurso de las décadas, por las reivindicaciones agrarias y la cuestión foralista, esta última, en palabras de Raymond Carr, sería expresión de la corriente más profunda del carlismo: "*el odio del campo a la ciudad, de la montaña al llano...*".

Ese pretendido país carlista, con sus bandos y sus símbolos, con sus libros y sus canciones, con su Estado y su leyenda, lo recrea a la perfección Miguel. Tal vez, durante el proceso de investigación, haya viajado en cuerpo y mente a la casita de Estella, típicamente navarra, donde D. Carlos fijó su corte. Un cuartel real sin protocolo, sin etiqueta y sin camarillas, cabeza de un Estado central, sustentado en un disciplinado ejército, con academias militares, castillos, fábricas, hospitales y hasta Universidades en sus tres frentes:

Cataluña, el Norte (País Vasco-Navarro) y el Centro (Bajo Aragón, Valencia, Maestrazgo y zona oriental de Castilla la Nueva).

Es verdaderamente elogiable que, leyendo el libro, no sólo se conozca la Historia de la tercera guerra carlista, sino que la intrahistoria cautiva al lector, por el tratamiento sin eufemismos de los personajes, por los dichos y las anécdotas de las batallas, por los caballos, Tordito, Calatravo y Cuenca, que acompañaron a doña Blanca.

Es el mismo D. Carlos el que, en sucesivos pasajes, expresa sus afanes y reivindica los Fueros, plantando cara al mismísimo Felipe V y sus decretos. Vemos a doña Margarita- una de las muchas mujeres ejemplares, con nombre conocido, compañera de otras anónimas, que pueblan nuestra Historia, pese a que su marido le reprochara injustamente el fracaso de la campaña- consagrada al cuidado de los hospitales de sangre, impulsando la institución de La Caridad, humanizando, en suma, la guerra con su estela de bondad.

Divisamos también a don Alfonso Carlos, enamorado del régimen castrense, que, en su juventud, ingresa en el Batallón de Zuavos Pontificios, donde conoce al hijo del que fuera emperador mexicano, Salvador Itúrbide, quien asumiría la causa carlista por su estrecha amistad con los dos hermanos. Al mando de su escuadrón de zuavos, D. Alfonso fue el encargado de defender la Puerta Pía cuando el 20 de septiembre de 1870 el general Cardona ocupara Roma. Hecho prisionero, no dudó en escaparse y esconderse disfrazado en un barco que lo llevó a Tolón a fin de llegar al hogar materno,.

Finalmente, llegó a Graz y, como el Capitán cautivo de *El Quijote* que "con lágrimas de muy alegrísimo contento" dio gracias a Dios Nuestro Señor por el bien tan incomparable que le había hecho al ser rescatado de "tierra de moros" y, como el mismo Cervantes a su regreso de Argel, el Infante, el preferido de Pío IX, pasearía feliz por las callejas de Graz. Después vendría su nombramiento como general en jefe del ejército carlista durante la tercera guerra carlista y, a la muerte de su hermano, se convertiría en Alfonso Carlos I.

Y luego es doña Blanca quien nos habla en sus memorias, escritas en su sempiterno exilio, entre 1937 y 1941. ¿Qué decir de la mujer soldado, de aquella princesa portuguesa de 16 años que, contradiciendo a su cuñado, se



escapara para cruzar los Pirineos y luchar, mano a mano, al lado de su esposo? Junto a él entró en combate directo y sintió el placer de la victoria. Doña Blanca, como era vitoreada por los soldados, redactó los manifiestos y los partes de guerra, aunque su traje de amazona quedara rasgado por el fragor de la lucha. El mito de la heroína se propaga y, en el ecuador de la contienda, llegan a Cuenca.

El 15 de julio de 1874, otro Alfonso, no VIII como el de 1177, sino Alfonso Carlos I, conquistaba la capital del Huécar. El deseo de volver a gustar de las mieles del triunfo, después de haber sufrido varias derrotas, sobre todo la de Teruel, hicieron de esta campaña un hito en las gestas del carlismo. Al ver la belleza de las hoces, doña Blanca suspiró y una ocurrente idea anduvo por su mente: bautizar a su tercer caballo, mentado hace unos instantes, con el nombre de Cuenca. Nació entonces la leyenda negra de la "mujer fiera" en su sentido más despectivo. Toda lucha lleva implícito el dolor del drama y doña Blanca se convirtió, como señala Miguel, en el chivo expiatorio, al ser responsabilizada del reprobable comportamiento de los soldados que tomaron la ciudad. Pobres personajes expuestos a la opinión pública del maniqueísmo, ¿buenos o malos? Todo depende de los anteojos con que sean mirados y de los intereses de quienes osaron encumbrarlos o derrocarlos.

Miguel Romero trae, en definitiva, a nuestro presente, a don Carlos y a doña Blanca. Con sinceridad los reyes sin corona se confiesan, al tiempo que sus coetáneos nos recuerdan que el hombre es hijo de su tiempo y que el tiempo es hijo del signo en el que las horas son alumbradas. Con los testimonios de los protagonistas y sus acompañantes asistimos en este trabajo a un concierto, a una obra coral, *Doña Blanca: una reina sin corona bajo el carlismo*, un libro donde todo habla de la guerra y de la paz y donde la Infanta y la causa alcanzan una identidad inimaginable.

- ROMERO, Miguel: *Doña Blanca: una reina sin corona bajo el carlismo*, Cuenca, Alderabán, 2010.